

**CONGRESO INTERNACIONAL DE PSICOANÁLISIS,  
OCTUBRE 2016/FACULTAD DE PSICOLOGÍA DE LA  
UNIVERSIDAD DE ROSARIO <sup>1</sup>**

*Norberto Ferreyra*

Es posible que, a menudo, sea buena la realización de un Congreso de psicoanálisis, pero en esta oportunidad más, porque en estos momentos políticos, en particular aunque no solo de la Argentina, ocurre que la neurociencia está arrasando con cualquier tipo de lazo social donde impere la palabra. Ya que el país está bajo ese imperio, la palabra —si se practica— es para decir lo menos posible o para decir banalidades.

Es por eso que también hablo en este Congreso.

Se están por cometer muchos des-Manes, esta palabra señala el apellido de uno de los elegidos por el gobierno de derecha para imponer las neurociencias, el guion indica la distancia que esa aplicación tiene respecto de la ciencia.

La palabra, si bien es algo aparentemente inocente, tanto enferma como cura.

El hecho de darle lugar a la neurociencia es un retroceso importante en la civilidad y en la civilización, porque la neurociencia es una pseudociencia que es la aplicación de otra ciencia, es como si los neurocientíficos hubieran descubierto que después de todo tenemos un cuerpo.

Fundamentalmente, ignoran los neurocientíficos no solo los aportes de muchas disciplinas, además, también lo que en el psicoanálisis con Lacan tomamos respecto del cuerpo, cuando Lacan dice: “Hablamos con el cuerpo pero sin saberlo”. No se sabe si lo que no sabemos es lo que hablamos, seguramente, pero también que no sabemos del cuerpo. Es por ese *no saber* que hablamos.

---

<sup>1</sup> Ponencia presentada por Norberto Ferreyra en el Congreso Internacional de Psicoanálisis, Facultad de Psicología de la Universidad de Rosario, octubre de 2016.

La función fundamental de la neurociencia es *hacer que no hablemos*. Eso es una política.

Jean-Claude Milner dice: “La política es hacer callar al otro”.

La neurociencia es un modo de hacer callar al otro, otro modo aún más terrible fue y es la dictadura como hace unos años acá, o los campos de exterminio en el extranjero.

La política siempre trata de hacer callar al otro y hay muchas formas de hacerlo.

Hay formas de hacer callar al otro en un discurso, por las palabras. Pero cuando se trata de hacer callar al otro con la tortura o la muerte, o por la anulación de la palabra, como es el caso en esta circunstancia con la neurociencia, el psicoanálisis vuelve a tener una actitud de resistencia frente a esta situación política del síntoma y política en general.

Una afirmación de Lacan que me parece muy oportuna para la ocasión es la del 5 de mayo de 1965 en el Seminario XII: *Problemas cruciales del psicoanálisis*. Jacques Lacan dice: “Ser psicoanalista es una posición responsable, la más responsable de todas, ya que él —*el psicoanalista*— es al cual le es confiada la operación de una conversión ética radical, aquella que introduce al sujeto en el orden del deseo”.

Es decir que no hay un sujeto anterior al deseo. No es el sujeto de la filosofía, sino que el sujeto surge constantemente en cada ocasión con relación al orden del deseo. Sujeto y deseo van juntos. Esto es así para el psicoanálisis. Si esto no es así no hay psicoanálisis ni hay práctica del psicoanálisis.

¿Qué es el deseo?

Lacan, respecto al deseo ha desarrollado muchas afirmaciones, yo también tengo afirmaciones al respecto.

Una frase de Lacan: “El deseo no hace sino sujetar lo que el análisis subjetiva”.

Voy a citar también a Freud, ya que está en toda la enseñanza de Lacan citado y de muchos modos. Freud, en *El malestar en la cultura* va a decir que “hay tres peligros que amenazan al hombre —como especie— en su existencia”.

Uno, son “las inclemencias naturales” y ahí hay poco que hacer, la ciencia podrá hacer algo pero no mucho. Otro es “el cuerpo”, la vejez, la pérdida de fuerzas, la caída vital del cuerpo de todo ser hablante. El último peligro es “la relación entre los hombres y mujeres” y Freud dice: “Esto es lo peor”. O sea que lo peor es aquello con lo que el psicoanálisis se puede meter, hasta cierto punto, ya que también toma las características de “lo imposible”, en el sentido freudiano.

¿Por qué me refería al deseo y al hablar?

Para mí, el psicoanálisis —y en relación con lo que estoy diciendo acá hasta ahora— se trata de cómo hacer una práctica de algo que es intangible, en el sentido de tocar, que tiene su teoría y su práctica, que su práctica es imposible de transmitir. Las presentaciones clínicas que se hacen son intentos fallidos siempre, naturalmente, porque no se logra transmitir algo que es imposible de transmitir. Una sesión de análisis es imposible de transmitir. Recuerdo a muchos psicoanalistas de la IPA que grababan las sesiones y tampoco eso les sirvió. Me refiero a que no es posible de transmitir porque hay una singularidad de cada sesión y de cada sujeto que no se puede decir o poner en algún lugar.

La neurociencia trata de generalizar esto y singularizar la hormona en vez del hombre o mujer.

Lacan ha hecho varios aportes para que esto sea singularizable partiendo de una generalidad, siendo totalmente freudiano lo que Lacan dice. En el Seminario XXIV *Lo no sabido que sabe de la una-equivocación se ampara en la morra*, inédito, en la última clase dice: “Todo el análisis transcurre entre lo imaginario y lo real”. Es decir que para que ocurra tiene que haber dos personas, en este cuerpo a cuerpo hay algo que circula entre lo imaginario y lo real.

¿Y lo simbólico? Nos preguntamos y preguntemos.

Lo simbólico ocurre cuando el que tiene que hablar, que no es sino el analizante, habla.

Es porque el analista en su posición provoca, pide, ofrece la posibilidad de que el otro hable —el que habla siempre es el analizante—, que puede articularse “lo simbólico en el nudo que se arma cada vez que hablamos”, como dice Lacan. Entonces, el nudo no existe si no es en la sesión, el que habla siempre es el otro, el analizante. Es muy importante tener en cuenta esta cuestión, porque marca la asimetría y la diferencia necesaria.

Para Freud, el amor de transferencia es real. Para Lacan también lo es. Lo explicito o no Lacan, siempre se refiere a los analistas. En el análisis siempre se habla del amor. Yo diría que se trata del amor en cuanto a la relación que el amor tiene con lo real.

Una frase que se refiere al acercamiento de lo que es lo real de Lacan, que la pasó —y está bien dicho el término— a Catherine Millot y a Patrick Valas, miembro de la École Freudienne de Paris, la frase, hablando del amor en transferencia, dice: “El amor nace del encuentro entre los rastros de uno y del otro del exilio de la relación sexual”.

Podemos decir que es el marco que se da para que ocurra la transferencia, y sin transferencia no hay análisis. Ahora hay algunas corrientes en el psicoanálisis que tienden a anular la transferencia y al Otro lo ponen

subordinado a las cuestiones de rapidez. Voy a explicar esta frase que digo de Lacan ya que es la manera fundamental de “meternos” en el psicoanálisis como Freud lo inauguró. A él va este homenaje.

¿Qué quiere decir?

Primero, que “rastros” no es, sino que está.

Cada uno que habla no es sino que aporta algo.

No se supone un ser sino un estar.

Es pasar de “es lo que es” a “es lo que hay”.

Se dice habitualmente o familiarmente “hay lo que hay”, como decimos todos. Esta frase en boca de alguien conformista y burgués suena como un conformismo. No lo es. Porque “hay lo que hay” refiere al cambio que realiza Lacan al final de su obra, entre decir: “Existe y no existe la inscripción de la relación sexual”, a decir: “Hay y no hay”.

Lacan cambia el existir y el ser por “hay y no hay”. En el Seminario XXIII *El Síntoma*, habla del “hay relación sexual o no hay relación sexual” y es a partir de ahí que saca el ser.

Entonces, respecto de “es lo que es” y “hay lo que hay” son dos modos de decir sobre la imposibilidad de escribir la relación sexual. Yo prefiero decir “hay lo que hay” porque instala un lugar más que un ser. En este sentido es tarea del analista en la dirección de la cura abstenerse de imponerle a quien habla algo que el que habla no piensa. Dicho de otra manera, la ley de abstinencia, y la sigo practicando hace 40 años, decir del modo en que cada uno lo quiera o como Freud indica, “la asociación libre”.

La asociación libre es ofrecer al analizante, que es el que viene a querer hablar, que se supone y el analista también elige, darle el lugar para que hable. Ofrecer eso es también darle una consigna que es la asociación libre, que no es libre.

Hace algunos años, en los 80, hice un trabajo respecto a la asociación libre como variable ligada como una cuestión matemática.

En ese sentido el otro, el analizante, está autorizado para decir lo que se le ocurra. Si bien autoriza al que habla, no solo es eso, también autoriza al analista a poder intervenir sobre aquello que el otro dice al mismo nivel del analizante que está hablando. O sea, primero el analista autoriza al analizante que le habla porque el analizante se lo pidió, el analizante pidió hablar y el analista dijo que sí, el otro acepta eso y el analista tiene que aceptar también que se lo ofreció. Es eso lo que autoriza al analista a intervenir. Es estar a nivel del síntoma, siendo la mitad del síntoma del analizante.

Son pequeñas y fundamentales autorizaciones para poder dirigir un análisis y no hacerse sujeto de este análisis. Nosotros, como analistas y que

trabajamos en esto, se trata de cómo estar en ese lugar con una abstinencia, que desde ya es sexual, con estas particularidades del análisis que si no se dicen traen consecuencias. Como dice Lacan: “Todo lo dicho es para gozar”.

Cuando en un análisis se le pide al analizante: “Decí lo que se te ocurra, etc.”, cómo hacer para no entrar en este goce que hay en el otro cuando habla. Tanto el goce puede ser del otro cuando habla como el que puede ocurrir cuando el analista escucha, si se quiere hacer sujeto de ese goce. Es de esta manera, permitir que el analizante pueda hacerse sujeto de lo que dice para que no haya un sujeto del goce, ni de uno ni del otro y entonces pueda surgir esto que llamamos el sujeto con una estricta relación al deseo, en tanto inconsciente.

Lacan tuvo su invento, es él quien lo nombra así, “invento” que es el objeto *a*.

Voy aclarar por qué digo esto. Según los cuatro discursos, en el discurso del Analista el objeto *a*, comando de discurso, está en el lugar del analista, aquel que está en ese lugar conduciendo el análisis, a veces puede ocurrir que por su posición, y no por otra cosa, vaya al lugar de *semblant* de objeto *a*.

No es el objeto *a*. Ser el objeto *a* o creerse que uno es el otro, es lo mismo.

O sea, cuando uno se la cree y es, ¡sonó! El analista se sale de lo que tiene que hacer. Tanto en la vida como en el caso de trabajar en este oficio, ser analista.

Cuando se trata de un análisis algo no es malo ni bueno, sino que se trata de si funciona o no funciona.

Avanzando un poco más, funciona en tanto la posibilidad que tiene en la transferencia y su relación al amor real que ahí ocurre, como dice Freud, tiene que ver con que tenga su desarrollo y extinción en el trabajo. Es en ese amor, en esa transferencia como se elabora la posibilidad de hacerse sujeto de algunas cosas que se puedan decir.

Respecto a estas cuestiones que estoy diciendo, en el texto *La troisième* del 1 de noviembre de 1974 Lacan, hablando a los analistas y sobre el objeto *a*, dice: “El objeto *a*, para ocupar esa posición, es sin ideas”.

Es en ese sentido que digo que no se trata de imponerle al otro lo que uno piensa, que es muy interesante que el analista pueda abstenerse, ya que la tentación puede creer que uno lo puede conocer al otro y anticiparse, o bien transmitir lo que uno sabe y creer que el otro puede hacer lo mismo.

Repito, *el objeto a es sin ideas*.

Para poder ocupar este lugar, el de analistas, es importante que estemos sin ideas, no estoy diciendo que no se piense, para poder estar ahí escuchando a otros el analista tiene que estar sin ideas, para poder escuchar al

analizante. El analista tiene que estudiar mucho, tiene que analizarse, fundamentalmente.

El analista tiene que escuchar “en atención flotante”, como decía Freud: “La atención flotante es sin ideas”. Ni antes de la sesión, ni en la sesión. Freud dice que las ideas hay que dejarlas colgadas antes de entrar al consultorio.

¿Por qué señalaba el haber de “el hay y el no hay”, que hace a la imposibilidad de la relación sexual? Me refiero al cambio que realiza Lacan de su teoría a último momento. El “hay” señala un lugar, este lugar es “albergar”. Para el psicoanalista es necesario que pueda ofrecerle al otro, o sea, el *semblant* de objeto *a* para que el otro pueda hablar, no es lo único que hace, sino que es llevado a hacerlo por lo que el otro le dice.

Sabemos que el que escucha determina al que habla, el analizante va a hablar según como uno lo escuche. Es lo único que está sobredeterminado por la presencia del analista. Y es como uno lo escuche que el otro va a hablar.

Cuando termina el análisis, simplemente va a hablar, *va a ser el uno que habla*.

En este sentido el haber y el hay tienen que ver con el lugar del “albergar”.

¿Hay lugar o no hay lugar? ¿Albergar qué?

Cuando trabajamos los analistas, cada uno, se trata de albergar el límite a la tentación de hacernos sujeto de lo que el otro dice.

Se puede realizar de muchos modos.

Respecto al amor y los rastros que hay en cada uno, de la transferencia y la imposibilidad de la relación sexual, no es un experimento esto, si el analista se hace sujeto jamás va a poder llevar a la unión de la pulsión y la demanda.

La demanda es de amor y la pulsión es la pulsión.

El analista puede reunir esto, para el neurótico para estar un poco mejor siempre separa la demanda de la pulsión, y el analista lo deja al otro que hable y pueda dar lugar a albergar la posibilidad de que esto se junte, en tanto el analista esté haciendo *semblant* de objeto *a*.

¿Qué *semblant* de objeto *a*? ¿En abstracto? No. El analista hace *semblant* cada vez de algún objeto parcial.

¿Por qué sucede esto? Lacan, en el Seminario XX *Encore*, en un momento dice algo que hasta a él mismo le llama la atención de cómo puede ser, pero ocurre. Lacan dice que hay una sustitución que es metáfora y sin embargo es metáfora de cosas de distinta estofa. ¿Qué quiere decir de distinta estofa? Quiere decir que aquello que es significante se sustituye por un objeto. Esto es muy importante.

En este sentido Lacan, en el Seminario XII *Problemas cruciales*, dice: “Cada vez que nos acercamos a alguna verdad en un análisis que tiene que ver con la castración, el analizante, que es quien habla trata de hacerse objeto, objeto de a quien le habla”.

Se repite la situación de la escena primaria en la lengua.

Es importante que se trata de hacerse objeto, se puede hacer objeto justamente en tanto hay otro que lo escucha como sujeto. Cuando el analista hace *semblant* de objeto *a* es cuando algunos de los objetos parciales aparecen, y es eso lo libidinal y pulsional de un análisis. Ya que el analizante lo elabora con el otro, el pequeño otro que es el analista, que como dice Lacan “tiene que tener tetas”, sea hombre o mujer.

Es muy avanzado en el momento en que esto es dicho por Lacan, sea hombre o mujer uno puede tener tetas y es eso donde el analista ubica el asiento, el apoyo para que el otro, el analizante, hable.

Retomando: el analizante se analiza con un cuerpo. ¿Cuál cuerpo? ¿El cuerpo del analizante?

Cuando se trata de la perversión en un análisis, cuestiones sexuales de sodomización por parte del analista, sí, el cuerpo es del analizante, lamentablemente.

El analizante se analiza con un cuerpo, ¿cuál?, Lacan en *La troisième* dice: “Es con el cuerpo del analista”.

Es con el cuerpo del analista en tanto y en cuanto el analista aparece en este lugar del *semblant*. Cuando se trata del discurso del Analista es *semblant* de un objeto. Que es el objeto *a* pero es por el objeto *a* que los objetos parciales sustituyen al Otro, es decir, al significante.

En este sentido, tenemos relación sí con el significante pero no sin esta relación a los objetos parciales, en cuanto los objetos parciales pueden sustituir al significante. El sustituir no es la acción del significante que engendra goce, sino que es el medio, es el objeto con el cual se hace ese goce.

Entonces, el analista pone el cuerpo porque lo saca. Y el analizante cuando habla, y habla con la frase de Lacan que dije al comienzo, Lacan dice: “hablamos con el cuerpo pero sin saberlo”. Sin saber que habla con el cuerpo y sin saber el cuerpo.

Es esto básicamente por lo cual la neurociencia puede llegar a fracasar. A lo mejor, sí se puede hacer una resistencia.

Para mí la subversión del sujeto en la práctica analítica es cuando hay uno que habla, y es que el análisis acaba, finaliza, cuando hay uno que habla, es cuando alguien no quiere ir más, y con razón; y la razón justamente es que “ya habla”. *Es un uno que habla*, que siendo cualquiera puede ser un uno que habla.

No digo que está curado pero habría que decirlo.

¿Quién introduce este uno que habla? Lacan dice claramente en *La troisième*: “El analista introduce este uno que habla, como el analista que somos”. Lacan dice: “... el analista que somos”, no dice “que soy”. ¿Por qué dice “que somos”? Esto va en correspondencia o en tándem con lo que es la autorización para el analista. El analista se autoriza de él mismo, *lui-même*, y con los otros. Esto es muy importante.

Respecto a por qué Lacan dice “somos”, cuando el analista dice somos se refiere a esos otros con los cuales el analista se autorizó. No es un título universitario, no es excluyente, sino que uno —el analista— se autoriza por él mismo, *lui-même*, que es lo tercero en su análisis.

Entonces, “el uno que habla” el analista lo puede provocar en el discurso cuando invita a hablar al otro que le pidió que lo escuchara. Para mí, esto es el oficio del analista. Me parece que explica más la frase famosa de Lacan que ya está en el Seminario X *La Angustia*, cuando dice: “El amor permite al goce condescender al deseo”.

No es una expresión general de Lacan, ni es una visión del mundo que da Lacan. Sino que se refiere al amor en el análisis, es el amor en transferencia.

¿Por qué?

Permite al goce condescender al deseo en tanto el analista esté ahí para ser soporte de que el otro elabore su pulsión y la anude a su demanda, que siempre es de amor. En ese sentido lo que va a surgir es el deseo.

Una cuestión más. Es preciso que ese deseo del analista no sea el deseo que le pasa al analizante, el deseo se lo pasaría si se hiciera sujeto, uno de los principios que dije antes, es que *el sujeto y el deseo van juntos*.

Nada más.

*Nota: Los contenidos vertidos en este artículo son responsabilidad de su autor.*